



Il «mistero del corpo parlante»

Le «mystère du corps parlant»

O «mistério do corpo falante»

The «mystery of the speaking body»

El «misterio del cuerpo hablante»

El cuerpo de la histérica - El cuerpo femenino

“El misterio del cuerpo hablante”, tal es el nombre de nuestro próximo Encuentro, significantes que nos remiten de inmediato al misterio tanto de la histeria como al goce femenino, en ambos está involucrado el cuerpo.

Pero ¿Cuál cuerpo?, ¿Cuál es el cuerpo que al psicoanálisis le interesa? Desde un comienzo Freud se encarga de subrayar al inconciente como teniendo efectos sobre el cuerpo. Entonces, cuando hablamos de cuerpo, no nos referimos al organismo, el que nos viene dado, hay que distinguir el cuerpo del organismo biológico y del sujeto.

Sabemos que uno de los efectos del lenguaje es que separa el cuerpo del sujeto, este efecto de escisión, de separación entre sujeto y cuerpo, sólo es posible por la intervención del lenguaje: el cuerpo tiene que hacerse, no se nace con un cuerpo.

Es decir el cuerpo se construye secundariamente, es efecto de la palabra.

Recordemos que Lacan nos muestra en el estadio del espejo, que para que el sujeto se reconozca como un cuerpo entero y unificado le es necesario un otro, es tan solo por identificación con la imagen del otro que el niño adquiere la imagen de su propio cuerpo.

Sin embargo es condición para la identificación imaginaria, su acceso a la estructura del lenguaje, es decir el registro simbólico. La constitución de la imagen corporal es por lo tanto un efecto que viene de lo simbólico.

El acontecimiento histérico

La histérica busca nombrarse como mujer a través de la imagen de su cuerpo, buscando agotar en la imagen la pregunta por la feminidad

Es una manera de nombrar lo innombrable en el lugar de lo femenino.

Porque su feminidad le es extraña, ella venera a través de su propio cuerpo el misterio de la Otra mujer, que detenta el secreto de lo que ella es, intenta a través de otra mujer, de otro real, que le de cuerpo.

De la histeria a la femineidad, van quedando en el camino, síntomas, quejas, dolores, madres agobiantes o ausentes, padres idealizados o impotentes y un goce, que en ocasiones, toma en el lugar de falo a un hijo.

Cuerpo femenino-todo madre- que exige otro, el que se efectúa en el tiempo de análisis. Intervención en lo real, que vía presencia del analista ejerce una sustracción de dicho goce. A pesar de que a veces histeria y feminidad, parecen unidas por cierta complicidad que las entrelaza, en el transcurso de un análisis se hace precisa la distinción entre ambas.

¿Qué nos dice la histérica con sus síntomas corporales? El cuerpo de la histeria habla mediante sus sufrimientos, sus conversiones, por no decir su singularidad de sujeto.

Los jeroglíficos del cuerpo nos encaminan al mecanismo somático que es central en la sintomatología histérica. El síntoma somático tiene su sitio en el punto límite de lo real y el lenguaje. Toda la “operación histérica” consiste en deslizar su cuerpo de síntoma en una envoltura.

Podríamos decir que la histeria reinventa un cuerpo en el cuerpo, hace como si la anatomía no existiera, pero porque sabe jugar con ella, fomentar síntomas que instituyen una audaz geografía corporal, hay una anatomía imaginaria, que responde a las necesidades de su síntoma. La historia se inscribe en los síntomas corporales.

El propósito de la histeria pura es hacer del cuerpo real, el que alberga el síntoma, el lugar físico de activación del síntoma.

Ese es el desafío de la histérica: hacer cuerpo con su síntoma.

Este cuerpo, lugar del “acontecimiento del síntoma”, no es lo mismo que el cuerpo tomado en el discurso. El cuerpo tomado en el discurso es un cuerpo hablado, un cuerpo gozado, el cuerpo parlante es al contrario un cuerpo que goza.

Sintoma conversivo - Fenómeno psicossomático

Para Freud el síntoma conversivo es una perturbación de una función del cuerpo, todo el cuerpo puede erogenizarse, sin alteración del órgano concernido, “sin causa orgánica”, a diferencia del fenómeno psicossomático, donde la función está afectada, hay enfermedad del cuerpo, no hay inscripción del significante en el inconsciente, sino herida de la letra en el cuerpo. Sin embargo, hay que destacar que no todo daño orgánico puede ser considerado psicossomático, ni que lo psicossomático debe constituir una especialidad analítica.

Fenómeno psicossomático testimonia un modo específico de satisfacción concomitante a una elección puntual del sujeto por el ser. La dificultad radica que en una lesión psicossomática el deseo del Otro no es de entrada interrogado, aparece como un deseo opaco que tiene carácter de signo más que de significante. No es un cuerpo que constituye lo que puede elevar la marca apropiada para ordenarlo en una serie de significantes, sino un cuerpo que toma a su cargo el modo de satisfacción de quien tiene, para el sujeto, función de otro.

Más allá del falo – goce femenino

Preguntándose por lo femenino, Lacan va a hablar de una mujer como síntoma, es en el síntoma donde está soportado el Otro sexo. Constatamos un acercamiento en la última enseñanza de Lacan, entre el síntoma y lo femenino

Mientras la mujer consiente a ser “el síntoma de otro cuerpo” (esto no le impide por otra parte ser un sujeto), es decir presta su cuerpo al goce de otro cuerpo, la histérica no presta su cuerpo.

Esto explicaría, en parte, el hecho de que Lacan en varios lugares habla del rechazo del cuerpo en la histeria, más tarde lo llamó “la huelga del cuerpo”. La así llamada “complacencia somática” de la histérica oculta un rechazo del cuerpo. Ella sustrae su cuerpo en tanto éste podría ser instrumento del amo.

Quizás la manera más paradigmática de rechazo del cuerpo nos lo presentan las anoréxicas que abundan en nuestra época. Se puede pensar a la anorexia como una modalidad por la que la histérica buscaría nombrarse como mujer a través de la imagen de su cuerpo, buscando agotar la pregunta por la feminidad.

Hay que destacar que la anorexia no es una perturbación funcional, es una conducta asumida, reivindicada por el sujeto, no es un síntoma que entra en conflicto con el Otro. La anoréxica intenta extraer del cuerpo el exceso propio de la carne, rechazando el cuerpo en su dimensión real, como sustancia gozante. La contrapartida de esta ambición anoréxica es el retorno del exceso rechazado como deformación de la imagen especular.

En la anorexia neurótica el objeto mirada ha sido efectivamente extraído del campo de la percepción, es por ello que retorna enmarcado en el espejo.

En las mujeres es el propio cuerpo la sede de la inexistencia del significante de “La mujer”, no hay nada universalmente predicable como siendo distintivo de lo femenino.

Es en el cuerpo mismo que se hace presente el agujero del sexo para las mujeres.

Mientras la mujer freudiana es ubicable a partir de la carencia fálica y de todo aquello que viene a compensarla: por ejemplo la maternidad, en la mujer lacaniana se enfatiza más bien lo que hay de suplemento en ella como goce: está habitada de un goce en más.

Lacan propone en las fórmulas de la sexuación el goce femenino. Lo cual marca la diferencia entre la histérica, eminentemente fálica y el goce femenino, más allá del falo, comparable al de los místicos, goce adicional, suplementario, sujeto al no-todo. Mientras el goce fálico queda definido como goce del órgano, fuera del cuerpo, goce más bien masturbatorio, autoerótico, para-sexuado.

Entonces, algunas mujeres sólo gozan en el sentido fálico, goce ligado al significante, a lo simbólico, es decir ligado a la castración, en ésta posición queda detenida la histérica, identificada al hombre, para desde allí abordar el enigma de qué es lo femenino. Algunas sólo obtienen este goce, otras acceden al Otro goce, goce femenino.

En tanto fálica, la mujer ofrece su mascarada al deseo del Otro, hace semblante de objeto, se ofrece allí como falo, ella aceptará encarnar este objeto para ofrecerse a sus delicias, pero no estará toda allí, y si está bien plantada no se lo cree del todo: sabe que no es el objeto, aunque puede jugar a donar lo que no tiene, con mayor razón si interviene el amor, gozando de ser lo que causa el deseo del otro, sin temor de quedar allí atrapada, a condición de que su goce no se agote ahí. Es hacer apariencia de objeto que el fantasma del partenaire le demanda. Hacer apariencia, es jugar a serlo, tentando desde ese lugar, es que ella goza, en posición femenina, pero debe salir de esa escena pues no encarna ese -a- todo el tiempo. No está de más decir que si se queda como a, en tanto objeto, queda atenazada en una suerte de posición masoquista.

El goce femenino es por excelencia el lugar donde se accede a la experiencia de que no hay Otro del Otro, o bien no hay relación sexual.

El objeto a y ese goce femenino serán dos modalidades de suplencia de la relación sexual que no hay. Las que no dejarán de dar cuenta de un encuentro imposible.

El cuerpo femenino entonces se ofrece entre el amor y el goce. Podríamos entonces decir que una mujer se sitúa entre el hacer gozar y el ser amada.

Florencia Farias

Argentina - 28 de abril 2010.

Bibliografía consultada:

FREUD, S. (1931), “La sexualidad femenina”. En Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1997, XXI.

FREUD, S. (1933) “La feminidad”. En Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1997, XXII

LACAN, J. (1968-1969), El seminario XVII El reverso del psicoanálisis, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1992.

LACAN, J. (1972- 1973) El seminario XX Aún, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1988

LACAN, J. (1974) El seminario XXII RSI Inédito.

SOLER, C. (2004), Lo que decía Lacan de las mujeres, Colombia. Editorial No Todo, 2004.